

## JUSTICIA AL MÉRITO Y A LA VIRTUD.

Ningún crimen merece la venganza.  
CASTELAR.

La brillante luz del incendio que se verificó en la Francia allá en 93, se reflejó alumbrando los horizontes del Nuevo Mundo, y se vieron proyectadas en el fondo sombrío que velaba el cielo de las Américas, tres figuras misteriosas que convocaban al festín de la vida á los que políticamente estaban muertos y yacían sepultados en el espantable abismo de la esclavitud.

“LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD:” Hé ahí los tres símbolos de una creación sublime, de una metamorfosis social que habia de dar por resultado el estrepitoso derrumbamiento de los tronos y el nacimiento de las Repúblicas modernas.

De ese fondo tenebroso, de ese claustro de la muerte, de ese imperio universal de las tinieblas se levantaron numerosos grupos de hombres nuevos, de razas degeneradas, de pueblos independientes y libres, y entonces Washington, Bolívar, Hidalgo y otros mil semidioses, como los hubieran clasificado los romanos, levantaron naciones fuertes y felices en donde sólo reinaba el silencio del sepulcro y el pánico terror de la más horrenda tiranía.

Era preciso que cruzara rugiente y devastando la tempestad por un suelo hasta entonces estéril; necesario fué que se desatara el aquilon, y que hiciera retemblar las montañas y oscurecer las llanuras, para que á su soberbio empuje se desplomaran los palacios de los próceres orgullosos é impíos que por tres siglos habian sido los árbitros de la vida y de la muerte de generaciones enteras.

Pero pasado el terremoto, desbaratadas las trombas, purificada la atmósfera y encadenadas las olas devastadoras de las pasiones, bajo el dosel del arcoíris tricolor, apareció en su solio de brillantes la hermosa México; á la luz

eléctrica del pabellón de las estrellas, los Estados Unidos del Norte; el Perú fué saludado en su misterioso lema, y otras varias potencias quedaron definitivamente formadas y reconocidas por todos los pueblos civilizados de la tierra.

Estas potencias nuevas y poderosas se saludaron como hermanas, y aliadas saludaron al Viejo Mundo, que las contempló con respeto, y ordenaron á la Historia que consignase en sus páginas los hechos grandiosos de sus más esclarecidos hijos.

El genio del valor y de la intrepidez presentó desde luego á la esforzada Policarpa Salavarrieta, que siendo un horóscopo su nombre, su anagrama fué el sencillo pero sublime epitafio de su tumba: “Yace por salvar la patria.”

La modestia y la democracia presentaron á Washington, que después de haber creado un pueblo de los más poderosos de la tierra, se retiró á cultivar su pequeña heredad, desconociendo la ambición, que jamás entró en su pecho generoso.

El amor patrio trajo por la mano al inmortal Hidalgo, que supo sacrificar su fortuna y su existencia en aras de su patria.

Y cuando así se hacia justicia en el concurso de las naciones americanas á todos sus hijos ilustres, el ángel de la misericordia, que es el que más se asemeja á la Divinidad por su admirable atributo, presentó al inmortal NICOLÁS BRAVO; y al colocar en su cabeza una corona inmarcesible, dijo al universo: “Este héroe, en los momentos en que supo la muerte de su padre, á quien sacrificaron por patriota los españoles, lejos de ejercitar una venganza innoble, ofreciendo una hecatombe humana á la sombra ensangrentada del autor de sus días, abrió las puertas de los calabozos, y en nombre de la ilustre víctima, dió la libertad á trescientos de los tiranos que tenia prisioneros.”

Un grito de admiración se oyó en la tierra, y un himno de alabanza en el cielo; los poetas pulsaron sus liras, los literatos escriben disertaciones admirables, y yo, el más pequeño de todos los admiradores, pero igual á todos ellos en patriotismo, me atrevo á escribir estos mal trazados renglones para un album, que debe ser un timbre de orgullo, de honra y de gloria para el siempre libre y heróico Estado de Guerrero.

Puebla, 1836.

BERNARDO M. DEL CALLEJO.

## EL CENTENARIO DE BRAVO.

El Estado que ha sido testigo de tantas glorias, y que lleva por nombre el de un egregio caudillo de nuestra Independencia, se dispone á celebrar de una manera digna el primer aniversario del nacimiento del ilustre General D. Nicolás Bravo.

La ciudad de Chilpancingo, cuna de esa grandiosa personalidad, prepara sus galas y sus más brillantes atavíos para honrar al héroe que supo pelear y vencer por la libertad de su Patria; y para hacer más hermosa y popular esa fiesta, inspirada por el sacro númen del agradecimiento, el Estado de Guerrero, por conducto de su digno gobernante, el distinguido General Arce, convoca é invita para el efecto á todos los que quieran ir á depositar su ofrenda en el altar erigido á quien no tuvo otro pensamiento que el de hacer libres y felices á sus hermanos.

El que esto escribe, oscuro é insignificante como lo es, pero admirador sincero del mérito, ocurre á ese llamamiento, y con el corazón henchido de gratitud, se adelanta respetuoso á colocar una humilde flor sobre el monumento levantado á la fama del inmortal Bravo, en justa recompensa á sus virtudes, y como homenaje tributado á sus servicios y á su bendita memoria: séale permitido, por lo tanto, el emitir algunos conceptos acerca de un acontecimiento de tanta trascendencia, conceptos que vendrán á producir una nota discordante en el concierto de alabanzas y armonías que el talento y la inspiración habrán de consagrar al valor y al heroísmo.

\* \* \*

El amor de la Patria es un bello conjunto de ideas y sentimientos depositados por Dios en el corazón del hombre: ese amor patrio ha producido en distintas épocas y en diversos países, milagros de abnegación, de entereza y patriotismo.

La Patria es un hermoso trasunto de las doradas ilusiones de la juventud, de los goces inefables de la familia, de las esperanzas lisonjeras de la ancianidad: bajo su influencia todo se anima y engrandece, todo respira actividad y dicha, haciendo que el hombre reconozca en ella á los seres de quienes recibe la vida, el idioma, la ternura, la herencia material é inmaterial, para venir á ocupar el puesto que le corresponde en esa síntesis admirable que se llama la vida universal . . . . .

Entre las pasiones humanas la del amor patrio es la principal, porque las resume todas: por eso, y cuando el mundo, atónito, ha presenciado esos prodigios que representan esfuerzos sobrenaturales en la vía del progreso y perfeccionamiento, ha buscado la causa de ello en la inspiración de esa deidad, á la que tributan adoración los pueblos todos de la tierra.

Eso supuesto, y cuando pasado el tiempo y disipado el humo del combate, se juzga con imparcialidad y sangre fría acerca de las acciones llevadas á cabo por hombres de valor indomable y corazón esforzado, que supieron desafiar la tiranía proclamando á la faz del orbe los eternos principios de la verdad, de la justicia y del derecho . . . cuando se procede de esa manera en el estudio y en las investigaciones históricas, la admiración se convierte en entusiasmo, y el espíritu, seducido por el prestigio de lo maravilloso, quiere ver más de cerca y tratar con más intimidad á esos genios que, evocados repentinamente, han sido la causa de un nuevo pero muy loable y legítimo sentimiento.

Los países cultos han consagrado siempre las páginas más hermosas de sus fastos históricos, á la recordación grata de los hechos memorables; y sus poetas y sus artistas, y sus filósofos y sus legisladores, todos, á porfía, se han esmerado en aplaudir y perpetuar, por medio de la escritura y de las múltiples y variadas manifestaciones del arte, las hazañas dignas de recordación, y capaces, por lo mismo, de inspirar el amor á lo bello, el culto á la virtud, la predilección á todo lo grande.

La independencia de un pueblo, es decir, la entrada de éste en el concierto de las naciones, para gobernarse por sí propio con arreglo á sus necesidades, costumbres y aspiraciones, es el supremo y anhelado bien que Dios puede proporcionar á sus criaturas: nacido el hombre esencialmente libre, la libertad es el primer atributo de su personalidad, y en esa virtud, nada ni nadie será capaz de hacer que desaparezca de su corazón la tendencia hácia ese principio de su existencia social.

La emancipación de México, de la Metrópoli española, es un hecho cuya explicación completa y detallada pudiéramos hallar en el análisis de esas leyes sociológicas que rigen á la humanidad: esa idea surgió de una manera

franca y espontánea, y hasta podríamos decir uniforme; pero para realizarla, no obstante que ella había llegado á ser una necesidad de la época, había que superar obstáculos al parecer incontrastables.

A pesar de todo ello, Bravo se presentó de los primeros en el campo de los independientes, abandonando las dulzuras del hogar y las comodidades de una brillante posición: su alma impresionable, y templada en el crisol de los grandes sentimientos, abrazó con ardor las teorías seductoras del movimiento de Dolores; y ébrio de gozo, y arrastrado por el entusiasmo, muy natural en sus años juveniles, se lanzó con alborozo en un mundo desconocido, y que, por de pronto, no ofrecía otra perspectiva que la del cadalso.

La tempestad en que se hallaba envuelto arreció de una manera indecible, y entónces, y de entre los horrores de la tormenta y á la luz de los relámpagos, surgió del fondo de ese caos la figura de nuestro héroe, quien con la frente de inspirado y la mirada fija en el porvenir, pronunció la palabra sublime de *Perdon* para los vencidos; de la misma manera que allá en la cima del Calvario, y muchos siglos atrás, el hombre sin mancha, el justo por excelencia, que espiraba en medio de las convulsiones de la agonía, proclamaba el olvido de las injurias, la esperanza en una vida mejor, el respeto y la piedad filial, el amor y la benevolencia entre los hombres . . . . .

Supuesto lo que antecede, nada más justo que esa especie de apoteosis con que la generación presente, imbuida en las grandes ideas de nuestro siglo, quiere consagrar la memoria de uno de los hombres que más se distinguieron en esa lucha épica, conocida en la Historia con el significativo nombre de "Guerra de Insurrección."

Grecia y Roma, esas dos nacionalidades gigantescas que fueron en su época el codiciado emporio de la civilización y de la ciencia, de la poesía y de las artes bellas, cada una á su vez, y de una manera que hará grata y eterna su memoria, llenaron sus jardines y sus plazas, sus edificios históricos y sus templos magníficos, de estatuas y monumentos destinados á contener y transmitir á la posteridad, la grandeza é ilustración de esos dos colosos que constituyen la admiración de los tiempos modernos.

En nuestros días, igual cosa están haciendo las naciones que marchan á la vanguardia del Progreso, pues han creído, y con razón, que esa clase de demostraciones, á más de ser de rigurosa justicia, envuelven útiles y saludables enseñanzas para lo futuro.

La obra de Bravo, de ese ciudadano tan humanitario como patriota, ¿ha sido sólo benéfica para el país por el cual combatió? No ciertamente.

Es al género humano, á la humanidad toda á quien sirvió, pues al pelear

por el triunfo de una idea tan justa como halagadora, enseñó á los pueblos que aún gimen bajo la odiosa servidumbre, el modo de abatir el orgullo de los déspotas, reivindicando para los oprimidos los derechos sacrosantos que les concedió la Naturaleza . . . . .

Si se abre la Historia y se registran sus páginas, ahí se encontrarán nombres deslumbradores, tales como los de Napoleón, César y Alejandro, es decir, la infamia, la perfidia y el crimen triunfante.

Bravo, al contrario, ha legado á sus compatriotas el hermoso ejemplo del civismo acrisolado y de la virtud puesta al servicio de una buena causa: ha dejado á las viejas y decrepitas sociedades del Antiguo Continente, el espectáculo de sátrapas corrompidos, ávidos de sangre y oro, y ha inaugurado en el Nuevo, en esta tierra vírgen de la América, que vió nacer á Hidalgo y á Juárez, el reinado de esos hombres de Estado, eminentemente cristianos, que inspirados por el bien, cifran su orgullo en ser, no los verdugos del pueblo, sino los servidores de sus conciudadanos.

Puebla de Zaragoza, 1886.

MIGUEL GALINDO Y GALINDO.

CAPITULO